



## EPÍLOGO

---

Por el septiembre del mismo año, el señor de Blangy leía en su diario cotidiano, y con sumo interés, la noticia siguiente:

«En el día de ayer, y en la concurrida plaza de Z\*\*\*, se desarrolló una dramática escena que impresionó de una manera dolorosa y profunda á cuantos la presenciaron.

»Una señora, perteneciente á lo más distinguido de la sociedad y persona muy conocida y apreciada en los círculos más aristocráticos, y que gozaba además de fama de intrépida nadadora, hallábase, desde el principio de la estación, hospedada en uno de los más lujosos hoteles de la población.

»La señora condesa de Blangy, que es la persona á que aludimos, regresaba ayer á su hotel, después de dar un largo paseo por la playa, en compañía de la señorita B\*\*\*, una de sus amigas, cuya presentación produjera tanta sensación en el último baile dado por los socios del casino, y de pronto manifestó deseos de tomar un baño.

»Las personas que se hallaban, por casualidad, en la playa, se apresuraron á manifestar á la señora condesa de Blangy que era precisamente la hora de la marea baja y, además, la época en que las corrientes producidas por ésta alcanzan mayor violencia, y que no había tampoco, á la sazón allí para poderla prestar sus servicios ó acompañarla, ningún bañero.

»Y al oír esto, exclamó:

—»No me importa! Si me encuentro en algún mal paso ya procuraré salir de él sin ajeno auxilio.

»Mandó que abriesen la puerta de una caseta, en la que se encerró, permaneciendo en ella breves momentos, pasados los cuales salió vestida con un elegante traje de baño que hacía resaltar la gentileza de su figura.

»Avanzó resueltament, arrojóse al agua y, dando unas cuantas vigorosas brazadas, alejóse con rapidez de la orilla.

—»¡Volvéos, señora, volvéos enseguida!

»La dijeron á voces desde la playa, pero fué en vano.

»Por toda respuesta, lanzó unas cuantas sonoras carcajadas, con las que trató de burlarse del miedo que demostraban sus amigos y cuantas personas presenciaban la escena.

»Al poco rato se pudo observar, con gran terror de todos, que la condesa de Blangy corría un verdadero peligro.

»Había llegado á un paraje en que la corriente era muy violenta y la arrastraba mar adentro, á pesar de sus esfuerzos.

»La señorita B\*\*\*, llena de terror y desesperación, gritó.

—»¡Socorro! ¡Socorro!

»En los momentos en que esto sucedía, llegó á la playa el señor Adriano de C...

»Preguntó qué era lo que ocurría y se lo contaron en pocas palabras.

—»¡Ah!—exclamó.—¡Es la señora de Blangy!

»Sin perder ni un momento, se descalzó y desnudó de medio cuerpo arriba, y se arrojó animosamente al mar.

»El señor Adriano de C..., que con tanto valor iba á intentar salvar á la señora condesa de Blangy, era el esposo de una antigua é íntima amiga de ésta, de la señora Paula de C..., que hace unos cuantos meses falleció en esta población, después de breve y cruel enfermedad.

»Tardó muy poco tiempo el señor de C, que nadaba con mucha energía, en llegar al paraje en que la señora de Blangy luchaba con la corriente.

»La distancia que los separaba de la playa era grande, y, á pesar de eso, vióseles forcejear con ademanes descompuestos.

»Debióse esto, sin duda alguna, á que la señora condesa de Blangy, como sucede á todas las personas que se ahogan, hacía grandes y violentos esfuerzos para agarrarse á su salvador, y éste se veía obligado á rechazarla para conservar la libertad de sus movimientos y poderla salvar.

»La corriente, muy fuerte en aquellos momentos, los arrastró á ambos, y á los pocos minutos se les perdió de vista.

Pasaron diez minutos que, á todos los que contemplaban la dramática escena, les parecieron tener un siglo de duración.

»Al cabo de ellos volvió el señor Adriano de C, pero solo.

»No había podido salvar á la desgraciada condesa de Blangy, y solo después de grandes esfuerzos, pudo llegar á la playa, teniendo completamente agotadas sus fuerzas.»

.....

El señor de Blangy leyó esto en el periódico, y en el acto cogió una pluma y escribió la carta siguiente:

«Comprendo perfectamente lo que pasó, y os doy las gracias en mi nombre y en el de todas las personas dignas y honradas.

»Agradézcóos en el alma nos hayais librado de semejante é inmundo reptil.

»El peligro á que os expusisteis os absuelve de todo.»

Cerró el conde la carta y ordenó á un criado que la llevase á su destino.

En el sobre se leían estas señas:

«Al señor Adriano de C,

*Calle de Caumartin.»*







